

cher y de Wellingtón la promesa de cesar las hostilidades y detener su marcha tan pronto como las Cámaras hubiesen proclamado el llamamiento de los Borbones, y que el concurso del Sr. de Vitrolles se consideraba indispensable para el éxito de la negociación. Este, provisto de una carta de Fouché para el general Davoust, nombrado generalísimo de las tropas francesas, y acompañado del general Oudinot, se trasladó á la Villette, cuartel general del ejército, donde le esperaba Grouchy. ¡Coincidencia singular! Al mismo tiempo el general Becker entraba en las Tullerías con la misión del emperador de pedir á Fouché y á sus colegas la autorización de conducir el ejército francés contra el enemigo.

Davoust acababa de llegar á su cuartel general cuando se le presentaron Oudinot y Vitrolles. Este le entregó la carta del duque de Otranto, quien con su acostumbrada reserva se limitaba á exponer al generalísimo vagas consideraciones sobre las dificultades de la situación y sobre la posibilidad de utilizar, para una misión pacífica, el celo patriótico del conde de Grouchy. Lejos de emitir una opinión, Fouché parecía pedir consejo. «No entiendo esta carta, dijo Davoust después de haberla leído con detenimiento; el general Grouchy acaba de anunciarme que se le ha confiado una misión cerca de los jefes aliados, y el duque de Otranto apenas me habla de ella. —El marqués de Grouchy ha recibido sin duda instrucciones verbales del presidente del gobierno, contestó Vitrolles; no necesita ya más que poderes; entregadle la carta y le servirá de credencial. —Tenéis razón, replicó Davoust; extendid inmediatamente el traslado de este documento.» Davoust, que tenía muy mala vista, había tomado al barón de Vitrolles por un empleado de Fouché. El ex secretario de Estado se prestó gustoso á copiar la carta del duque de Otranto. Enterado por Oudinot de quién era el complaciente copista, Davoust se excusó con Vitrolles, haciéndole pasar á otra habitación con el objeto de poder hablar á solas, en completa libertad. Pero en aquel instante anunciaron al generalísimo la llegada de una comisión de ambas Cámaras. Davoust la recibió en aquella misma estancia.

Al enterarse de la llegada del ejército del Norte á las puertas de París, la Cámara de representantes se había apresurado á votar un mensaje de felicitación á los soldados, anunciándoles el envío de plenipotenciarios encargados de negociar la paz con los soberanos extranjeros «en nombre del pueblo francés,» y excitándoles á que escuchasen la voz de sus jefes y del gobierno. Traslado el mensaje á la Cámara de los pares, había recibido la adhesión de esta asamblea, y cada Cámara había nombrado luego una comisión encargada de llevarlo el día siguiente al cuartel general. Como las tropas, diseminadas en sus vivaques, no podían oír su lectura, se acordó que el príncipe de Eckmühl lo recibiría en su nombre. M. de Laguerre-Mornay, representante, patriota de corazón, que había dejado un brazo en el campo de batalla de Wagram, leyó el mensaje en alta voz y con expresivo acento. Davoust escuchó la lectura con la más solemne gravedad; quiso contestar y no pudo proferir más que cuatro palabras incoherentes; volviéndose de pronto, y cogiendo al representante de Luis XVIII por el brazo, le presentó á las dos comisiones, diciendo: «Precisamente nos encontráis en ne-

gociación, y aquí está el señor barón de Vitrolles, que el duque de Otranto me envía para facilitar un tratado con los aliados y con los Borbones.» Hubo un momento de estupefacción general. Siguió después un vivo altercado entre la mayoría de los circunstantes, que se pronunciaron enérgicamente contra los Borbones, y el representante de Luis XVIII, que defendía su causa con alguna timidez. Davoust, que en vano aconsejaba la calma y la conciliación, acabó por llevarse á Vitrolles á una estancia inmediata, donde se excusó con él, excitándole á que terminase su *operación*. Pero la publicidad dada á la misión del jefe del partido borbónico la hizo abortar.

Al día siguiente, al abrirse la sesión de la Comisión, el general Carnot, individuo del gobierno provisional, interpelló á Fouché sobre la libertad dada á Vitrolles, sobre su presencia en el cuartel general de Davoust y sobre la carta que le entregó para el generalísimo. Fouché contestó, sin inmutarse, que la prisión de Vitrolles era una medida arbitraria que tuvo que revocar como presidente del gobierno; que le había entregado, en efecto, un despacho insignificante para el general en jefe, pero que en vano se preguntaba cómo un hecho tan sencillo podía asombrar á su colega. Carnot, después de replicar con reticencias que acusaban embozadamente á Fouché y á Davoust de traición, propuso el arresto del representante de Luis XVIII, que fué votado á despecho del duque de Otranto. La orden fué inmediatamente transmitida al prefecto de policía para su ejecución. Pero, avisado por Fouché, el barón de Vitrolles pudo ponerse en salvo, sin interrumpir no obstante el envío de los despachos que con ayuda de Pasquier y Royer-Collard transmitía diariamente al rey. Tres días después, Davoust y el duque de Otranto habían de realizar sin el representante de Luis XVIII la obra política que él había concebido y empezado inmediatamente después de haber salido de la cárcel.

En tanto que en las Tullerías se acordaba el arresto de Vitrolles, en el cuartel general se redactaba la siguiente *Declaración* con que el ejército contestaba al mensaje de las Cámaras:

«¡Representantes del pueblo!

«Nos hallamos en presencia de nuestros enemigos; juramos en vuestras manos y á la faz del mundo defender hasta el último suspiro la causa de nuestra independencia y el honor nacional. Quieren imponernos á los Borbones, ¡y esos príncipes son rechazados por la inmensa mayoría de los franceses! Si se pudiese aprobar su vuelta, no lo olvidéis, representantes, se firmaría el testamento del ejército que durante veinte años ha sido la salvaguardia del honor francés. La guerra tiene, sobre todo cuando se hace tanto tiempo, sus triunfos y sus derrotas. En nuestros triunfos nos hemos mostrado grandes y generosos; en nuestras derrotas, si se nos quiere humillar, sabremos morir.

«Los Borbones no ofrecen garantía alguna á la nación. Les habíamos acogido con los sentimientos de la más generosa confianza; habíamos olvidado todos los males que nos causaron en su encarnizado empeño de querernos quitar nuestros derechos más sagrados. Pues bien, ¿cómo han correspondido á esta confianza? ¡Nos han tratado como rebeldes y vencidos! Representantes, estas reflexiones son terribles porque son verdaderas.

La inexorable historia referirá un día lo que hicieron los Borbones para recuperar el trono de Francia; dirá también cuál fué la conducta del ejército, de este ejército esencialmente nacional, y la posteridad juzgará quién mereció más la estimación del mundo.

«En el campamento de la Villette, el 30 de junio de 1815, á las tres de la tarde.»

Firmaban esta declaración diez y ocho generales, incluso Davoust, príncipe de Eckmühl, que no se atrevió á negar su firma por temor de inspirar sospechas á sus compañeros de armas, pero que estaba resuelto á trabajar secretamente en favor de Luis XVIII.

El entusiasmo con que la Cámara acogió la enérgica protesta de aquellos diez y siete generales, casi todos de la clase de tropa, que juraban á la faz del mundo defender hasta el último suspiro la causa de la independencia y del honor nacional, formaba extraño contraste con la escena que en uno de los salones de conferencias de la Cámara de los pares se había desarrollado el día antes entre unos cuantos generales, en su mayoría palaciegos. Invitados por Cambaceres á cambiar impresiones sobre la situación política y los medios de salvar al país, los generales Soult, Ney, Grouchy y Mortier, exagerando la desmoralización del ejército francés y las fuerzas del enemigo; insistiendo sobre la ocupación del pueblo de Aubervilliers por las tropas de Blücher y sobre la imposibilidad de oponerles resistencia, manifestaron la necesidad de evitar, por medio de prontas negociaciones con los generales aliados, la toma de París á viva fuerza. En contra de esta opinión se pronunciaron los generales Lefebvre, Gazan y Laborde, quienes sostuvieron que podían y debían defenderse. Y el más anciano de aquellos generales, el conde Dejeán, se declaró sorprendido de ver que unos hombres que por su carácter debían dar pruebas de resolución, eran los primeros en dar ejemplo de flaqueza y pusilanimidad.

Si la mayoría de la Cámara de los pares opinaba que la única manera de salvar á la Francia era hacer acto inmediato de sumisión á los generales aliados, la mayoría de la Cámara de representantes distaba mucho de abandonarse al mismo desaliento. La verdad es que las tropas francesas reunidas en París pasaban entonces de 100.000 hombres. Muchos diputados rechazaban enérgicamente á los Borbones; pero, víctimas de las ilusiones más groseras, confiados en las palabras tranquilizadoras de Fouché y en las declaraciones de los coligados, estaban convencidos de que los soberanos extranjeros, indiferentes á la causa de los príncipes desterrados, dejarían que la Francia se diese el gobierno que le conviniera; y sin meterse á averiguar cuál iba á ser aquel gobierno futuro, los representantes se cuidaban tan sólo de formular la constitución que iba á serle impuesta. La redacción de esta constitución, confiada á una comisión numerosa, había exigido varios días de asiduo trabajo; terminada ya, acababa de ser distribuída á la Asamblea, cuya mayoría pensaba que nada urgía tanto para las alvación del país como la discusión de los ciento cuatro artículos de aquel proyecto de ley constitutiva del Estado. En vano los periódicos y el mismo gobierno anunciaban que, á pesar de la abdicación de Napoleón, el rey de Prusia y los emperadores de Rusia y de Austria continuaban su marcha:

la Cámara esperaba que los plenipotenciarios, encargados de ir á pedir la paz á aquellos monarcas, sabrían detenerlos y hacerles deponer las armas.

Estos comisarios, nombrados el 27 y puestos en marcha el 28, eran los condes de Andreossy, Valence y Boissy-d'Anglas y los señores de la Besnardière y Flaugergues. Pero la imprevisión del gobierno era tal, que las bases impuestas por las instrucciones dadas á los cinco plenipotenciarios para la negociación que iban á tentar, se hallaban destruídas antes de que éstos hubiesen salido de París. Los gobernantes olvidaban que un país invadido no puede negociar sino con la condición de oponer resistencia, y los aliados avanzaban hacia la capital sin que se les opusiese siquiera un simulacro de defensa, sin que se les disputara un solo paso de la ruta. Los comisarios habían de exigir que el enemigo se detuviese al menos á veinte leguas de París, y las columnas prusianas se hallaban casi á las puertas de la capital. Blücher, que marchaba con su vanguardia, no sólo se negó á recibir á los plenipotenciarios, sino que estuvo tentado de hacerles prender. Sin embargo, después de haber estallado en injurias contra Francia, su gobierno y sus agentes, permitió que el conde Andreossy y sus colegas atravesasen el ejército prusiano para ir á conferenciar con el duque de Wellingtón, á quien encontraron el día siguiente en Estrées, á tiempo que Blücher se apoderaba de Aubervilliers, acampando al pie mismo de la línea de defensa de París.

Al oír las proposiciones de armisticio, Wellingtón declaró que lo de la abdicación del emperador le parecía un lazo; que el ejército aliado continuaría sus operaciones mientras Francia no instituyera un gobierno que ofreciese á Inglaterra y á Europa sólidas garantías de paz; que no estaba autorizado por el suyo ni por los aliados para tratar acerca de este punto, pero que él opinaba que la restauración de Luis era lo que daría mayores seguridades á Europa, porque todo otro gobierno conduciría á nuevas é interminables guerras.

Los comisarios se manifestaron deseosos de ver á Luis XVIII repuesto en el trono, afirmando que lo mismo deseaba el gobierno provisional; pero que las Cámaras no consentirían en la vuelta del rey, sin exigirle un compromiso formal sobre la responsabilidad de la administración y la concesión de la iniciativa de las leyes al poder legislativo.

En aquel momento un ayudante entregó al duque un despacho que éste se apresuró á abrir. Era una carta del representante inglés cerca de Luis XVIII, sir Carlos Stuart, que transmitía á Wellingtón un ejemplar del manifiesto de Cambrai. Después de haberlo leído, el duque lo entregó á los comisarios, diciéndoles que precisamente Luis XVIII anunciaba en aquel manifiesto los cambios y las garantías que acababan de indicar. Los comisarios leyeron el documento, aprobando varios de sus pasajes; pero protestaron enérgicamente contra los párrafos en que Luis anunciaba la intención de excluir á ciertas personas de su presencia, castigar á los autores de la tentativa de restauración imperial y convocar Cámaras distintas de las existentes. El duque les prometió transmitir en el acto sus observaciones y sus quejas al señor de Talleyrand; leyóles el despacho en que así lo hacía y se despidió de ellos, anunciando.



les que, obligado á seguir el movimiento de sus tropas, iba á partir para Louvres, donde podrían encontrarlo.

En el momento de separarse de Wéllington, los comisarios le preguntaron si el nombramiento de una regencia, encargada de gobernar en nombre de Napoleón II, satisfaría á los aliados, y si, en este caso, el ejército extranjero suspendería sus operaciones. «Con seguridad que no, contestó el duque.—¿Y si un Borbón que no fuera el rey, el duque de Orleans, por ejemplo, fuese llamado al trono?, añadieron los comisarios.—No me es posible contestar á preguntas hechas *en el aire*,» dijo el general. Y se separaron. Pero el general Andreossy y sus colegas no tardaron en seguir á Wéllington, que les recibió de nuevo en Louvres á altas horas de la noche. Interrogáronle otra vez acerca de la elevación del duque de Orleans al trono. «Mi opinión particular, contestó al fin el general inglés, es que Europa no puede esperar el mantenimiento de la paz sino con la condición de que Luis XVIII ocupe el trono de Francia. Las potencias no pueden consentir el nombramiento de otro rey, y yo declaro, por lo que me concierne, que, á menos de órdenes contrarias de mi gobierno, emplearé toda mi influencia para que los soberanos rechacen la combinación de que habláis.»

Al día siguiente, 30 de junio, el duque fué á encontrar á Blücher y le comunicó todos los detalles de aquella doble entrevista. Ambos generales convinieron que mientras no tuviesen la prueba oficial de que Napoleón había salido de París, no podían suspender sus operaciones sin exigir previamente que el emperador *les fuese entregado*. Una contestación redactada en este sentido fué transmitida á los comisarios, que esperaban en Louvres la vuelta de Wéllington. Al día siguiente, 1.º de julio, éstos pudieron avistarse por tercera vez con el duque, á quien entregaron dos despachos, uno de Davoust pidiendo la suspensión inmediata de hostilidades, y la otra del barón Bignon, ministro francés interino de negocios extranjeros, anunciando que el emperador había partido el 29, á las cinco de la tarde, para Rochefort. «El ministro de la Guerra os propone un armisticio, dijeron los plenipotenciarios al general inglés; por otra parte, ha desaparecido el gran obstáculo, puesto que Napoleón va á embarcarse para los Estados Unidos; ¿qué condiciones exigís ahora?—El príncipe Blücher y yo, contestó Wéllington, no podemos consentir en un armisticio sino con la condición de que conservaremos nuestras posiciones, que el ejército francés saldrá de París para retirarse más allá del Loira, y que la guardia nacional quedará sola encargada de mantener el orden en la capital, hasta que el rey ordene otra cosa.»

Los comisarios hicieron algunas objeciones sobre la retirada del ejército; el duque les declaró que toda discusión sobre aquel punto era inútil, y que tanto Blücher como él continuarían sus operaciones mientras existiese un solo soldado francés en París. En vista de que toda réplica era ya imposible, los negociadores dieron por terminada su misión y regresaron á la capital, al mismo tiempo que el ejército prusiano tomaba en el bosque Saint-Germain-en-Laye, á unos veinte kilómetros de París, una posición que le exponía á una destrucción completa.

París se hallaba defendido por varias líneas de forti-

ficaciones, recientemente construídas por orden del emperador, bajo la dirección del general de ingenieros Haxo, y por la parte en que llegaban los ejércitos aliados, no solamente se hallaba protegido por reductos y trincheras cuyo armamento y fuerza podían desafiar todos los ataques de cuerpos mucho más considerables que los que avanzaban por la carretera de Bélgica, sino que también había un valiente y numeroso ejército francés reunido bajo los muros de la capital. En 29 de junio, cuando el emperador, antes de partir de la Malmaison para Rochefort, pedía por conducto del general Becker al gobierno provisional el mando del ejército, había reunidos en París y sus suburbios 111.000 hombres, con 25.000 caballos y 550 piezas de artillería; fuerzas imponentes que Blücher venía á atacar con tropas extenuadas de fatiga, privadas de municiones y de víveres, y cuyo total ascendía apenas á 50.000 hombres.

Cuando el feldmariscal prusiano atacó á Aubervilliers, el mismo día 29, se proponía probar la disposición del ejército francés. Un solo batallón defendía el pueblo; su resistencia fué vigorosa; pero, obligado á ceder al número, se retiró en buen orden detrás de la línea atrincherada del canal. Para completar la experiencia, el general prusiano desplegó 40.000 hombres ante las líneas de defensa; alarde que hubiera podido costarle caro, puesto que las fuerzas prusianas tenían enfrente unos 75.000 soldados franceses en condiciones ventajosas, y Wéllington no hubiese podido equilibrar las fuerzas, porque en aquella fecha aún no había pasado el Oise. Afortunadamente para los prusianos, el ejército francés, retenido por Davoust detrás de sus atrinchamientos, permaneció inmóvil. Sin embargo, Blücher había visto que las obras de defensa hacían á París inatacable por la derecha del Sena, mientras que, según informes de diferentes emisarios de Luis XVIII, la margen izquierda estaba poco defendida. Fiado en la complicidad del duque de Otranto y en la desorganización de los poderes públicos, Blücher replegó sus fuerzas sobre Stains, Pierrefitte y Villetaneuse, y, dejando el cuerpo de ejército de Bulow delante de Saint-Denis para ocultar su movimiento á la guarnición ó contenerla en caso de ataque, hizo tomar á los cuerpos de Pirch y de Thielmann la dirección de Argenteuil. Las tropas de Ziethen siguieron el movimiento durante la noche. El 30, por la mañana, Blücher en persona se encontraba en Argenteuil. Este pueblo no tenía puente sobre el Sena y el general prusiano buscaba el medio de pasar el río, cuando recibió la noticia de que uno de sus destacamentos era dueño del puente de Saint-Germain. Blücher dirigió inmediatamente hacia aquel punto los cuerpos de ejército de Pirch y de Thielmann; y á fin de evitar la lentitud del paso, transmitió al cuerpo de Ziethen, que avanzaba por Sannois, la orden de ganar Sartrouville y pasar el río en Maisons-Laffitte, cuyo puente, también intacto, se hallaba desprovisto de toda defensa. Al anochecer del 30, estos tres cuerpos de ejército habían en parte pasado el Sena; el movimiento fué terminado durante la noche, y el día siguiente, 1.º de julio, Blücher, haciendo adelantar numerosas vanguardias por la margen izquierda del río, mandaba ocupar Versalles por dos regimientos de caballería.

Cuando la noticia de los movimientos de los prusianos llegó por veinte conductos distintos al cuartel general

del ejército francés acampado en Saint-Denis, Davoust, en presencia de la viva agitación que por segunda vez reinaba entre los generales de tropa y de la palabra *traición* que empezaba á brotar de todos los labios, no tuvo más remedio que ordenar un ataque contra aquellas mismas fuerzas aliadas con las cuales andaba en tratos secretos. En la tarde del 30, mandó que los regimientos que formaban el 3.º y 4.º cuerpos de infantería pasasen á la margen izquierda del Sena. El general Ex-

Atravesaron Versalles, sin detenerse, y tomando la carretera de Saint-Germain, perseguidos de cerca por las tropas de Exelmans, fueron á caer en la emboscada de Roquencourt, donde, cogidos entre dos fuegos, fueron todos muertos ó hechos prisioneros. La destrucción de ambos regimientos fué completa.

Exelmans continuó avanzando hasta Marly, donde creía encontrar uno de los dos cuerpos de infantería encargados de apoyarle; pero, en vez de regimientos



Blücher. (De un cuadro pintado del natural, grabado de F. Fleischmann, en Londres.)

celmans, acampado desde el día anterior con su cuerpo de dragones en Montrouge y Gentilly, recibió al mismo tiempo del ministro de la Guerra la orden verbal de iniciar el movimiento. Davoust le hizo anunciar además que las tropas de los expresados dos cuerpos tenían el encargo de sostenerle.

Exelmans, sabedor de la ocupación de Versalles por los regimientos de Brandeburgo y de Pomerania, los dos mejores del ejército prusiano, resolvió batirlos. La fuerza puesta á su disposición por el generalísimo se componía de unos 1.500 caballos; dividióla en dos columnas, tomando con una de ellas la ruta de Versalles por Velizy y ordenando que la otra se emboscara en las inmediaciones de Roquencourt, á mitad de camino entre Versalles y Saint-Germain, á fin de recibir allí al enemigo en su retirada forzosa de Versalles.

Los prusianos, viendo que no parecían tropas francesas por ninguna parte, habían salido de esta ciudad con el objeto de ir á explorar las cercanías de París. Exelmans los encontró cerca del bosque de Verrieres y les atacó con tal denuedo, que les obligó á retroceder.

franceses, halló todo el cuerpo de ejército de Thielmann; en vista de lo cual se replegó, volviéndose á sus acantonamientos, donde no tardó en saber que las fuerzas de retaguardia, después de una legua de marcha, se habían detenido en virtud de una contraorden de Davoust.

He aquí en qué circunstancias se había dado dicha contraorden del ministro de la Guerra. El avance de los prusianos contra la capital obligaba á Fouché á precipitar los acontecimientos. Bastaba la desobediencia de un general, el impulso de unos cuantos soldados, un movimiento de la población, para que ambos ejércitos rompiesen el fuego, y el menor incidente militar podía destruir toda la trama de traición tan laboriosamente urdida por el duque de Otranto. Y como la trama empezaba á descubrirse, las acusaciones se manifestaban con una violencia inquietante. El día 30, el general Dejeán había propuesto en el cuartel general de Saint-Denis que se prendiese y fusilase á Fouché, y aquella misma noche, en las Tullerías, Defermón, ex ministro de Estado, acusó en alta voz al jefe del gobierno, ante los demás ministros, de traficar tenebrosamente con la san-



gre y el honor de Francia. Fouché resolvió acabar de una vez, pero en su sistema de dejar á ilusos ó á cómplices involuntarios la iniciativa y la responsabilidad de los actos que se proponía realizar, convocó en la mañana del 1.º de julio un gran consejo de gobierno en las Tullerías; consejo que se componía de sus cuatro colegas, de todos los ministros, del presidente y los cuatro vicepresidentes de la Cámara de representantes; del presidente y los secretarios de la Cámara de los pares; de los mariscales Soult, Massena y Lefebvre; de los generales Gazán, Evain y Monton-Duvernet. Davoust, como jefe de las fuerzas militares, formaba también parte de dicho consejo. Llegado momentos antes de la hora señalada para la apertura de la sesión, notificó á Fouché el movimiento ordenado contra las tropas prusianas. Esta noticia espantó al duque de Otranto. «¡Qué imprudencia!, exclamó. Esa falta puede echarlo todo á perder. ¡Atacar á los aliados cuando nos reunimos para arbitrar medios de salvar á la patria sin efusión de sangre!... Es preciso dar contraorden en seguida, general. No hay que vacilar un momento. Davoust no vaciló y la contraorden fué inmediatamente expedida.

Reunióse el consejo á las diez. Al principio de la sesión, el general Carnot emitió un informe acerca de las condiciones de defensa de París, que el general Grenier y él habían examinado el día anterior por encargo de Fouché. De este informe se deducía que las fuerzas de los aliados podían cortar en breve toda retirada á las tropas francesas y obligarlas á rendirse á discreción.

Fouché manifestó entonces que era necesario aprovecharse de la ausencia de los soberanos extranjeros y de las fuerzas que traían consigo, para obtener de Blücher y de Wéllington condiciones aceptables. Interrogado acerca de las negociaciones entabladas por los plenipotenciarios enviados á los monarcas y por los comisarios nombrados para gestionar un armisticio, Fouché contestó que el gobierno carecía de noticias del Sr. de Lafayette y de sus colegas, y que el general inglés había declarado á la comisión de armisticio que los soberanos exigían el restablecimiento de Luis XVIII. «¡Entonces es inútil negociar!, exclamaron varios individuos del consejo. ¡Preparémonos á combatir!— Una resistencia prolongada, replicó el duque de Otranto, no haría más que retrasar nuestra caída y quitarnos el mérito de una sumisión voluntaria. Europa, de todas maneras, nos impondrá los Borbones. Tratando con el príncipe Blücher y el duque de Wéllington no contraemos compromiso alguno con Luis XVIII, quien no tendrá más remedio que mantener las dos Cámaras y dejar al frente del ejército á los generales en activo servicio. Sé que está resuelto á ello, contentándose con volver mediante estas condiciones.» Las palabras del jefe del gobierno tranquilizaron á casi todos los circunstantes, que confiaban en la habilidad y en las buenas relaciones de Fouché con la mayor parte de los ministros extranjeros, con el emperador Alejandro y con el rey de Prusia. Impacientes por salir de la crisis á costa de una sumisión que parecía haberles de dejar en posesión de sus títulos, honores, empleos y sueldos, declararon imposible la defensa de París; sin embargo, á fin de que la sumisión fuese menos vergonzosa, acordóse nombrar una comisión militar que informase sobre si era posible establecer algunos atrincheramientos en la

margen izquierda del Sena y qué tiempo se necesitaría para ello. Disuelta la junta, la comisión de gobierno decretó que el ministro de la Guerra reuniese aquella misma tarde en la Villette un consejo de guerra compuesto de los comandantes y oficiales generales acantonados en dicho punto ó residentes en París y encargado de deliberar sobre las cuestiones siguientes:

«1.ª ¿En qué estado se hallan los atrincheramientos y su armamento, tanto en la margen derecha como en la margen izquierda?»

»2.ª ¿Puede el ejército defender todas las inmediaciones de París, hasta en la margen izquierda del Sena?»

»3.ª ¿Podría el ejército aceptar el combate en todos puntos á un mismo tiempo?»

»4.ª En caso de derrota, ¿podría el general en jefe reservar ó reunir medios bastantes para oponerse á la entrada á viva fuerza?»

»5.ª En fin, ¿se puede responder de la suerte de la capital, y por cuánto tiempo?»

Estas consultas estaban concebidas en términos tales que, aun resueltas en el sentido más favorable, nada determinaban acerca de la posibilidad de una larga y enérgica resistencia á la invasión, y que, en caso de contestaciones negativas ó simplemente incompletas, implicaban la necesidad de una sumisión inmediata y absoluta.

El consejo de guerra se reunió á las diez de la noche en el cuartel general de la Villette, bajo la presidencia de Davoust. La mayor parte de los numerosos generales que á él asistieron estaban dispuestos á aconsejar la capitulación y á pronunciarse en favor de Luis XVIII. Antes de discutir ningún punto concreto, se divagó mucho sobre la situación política. Persuadidos de que la deliberación no conduciría á resultado alguno, varios generales partidarios de la defensa nacional se retiraron hastiados y rendidos. Al fin no quedaron en torno de Davoust más que partidarios acérrimos de una capitulación. Mas como les repugnaba asumir la responsabilidad de semejante medida, emitieron un dictamen lleno de vaguedades, que Fouché explicó luego á la comisión de gobierno en el sentido de una sumisión inmediata y absoluta. Caulaincourt, Carnot, el general Grenier y el barón Quinette, fáciles de convencer como siempre, no hicieron observación alguna y, á propuesta del duque de Otranto, autorizaron á Davoust para capitular.

El príncipe de Eckmühl había hecho ya una proposición oficial en las circunstancias siguientes.

Varios individuos de la Cámara de representantes, entre los cuales se hallaba el coronel Bory de Saint-Vincent, visitaron, el 30 de junio, los diferentes cuerpos acampados al Norte de París. El coronel dió cuenta de aquella inspección á la Asamblea el día siguiente, 1.º de julio, y su informe, cuadro animado, curioso y sobre todo fidelísimo de la actitud y de los sentimientos del ejército francés, contenía estos pasajes:

«Fuimos á la Villette, donde se encontraba el cuartel general del príncipe de Eckmühl; una partida prusiana ocupa algunos pueblos que se descubren á distancia. Avanzamos cerca de sus centinelas y nos encontramos con una porción de guardias nacionales y fedorados que tiroteaban por su cuenta, familiarizándose con los peligros que deseaban vivamente afrontar. Esos

intrépidos parisienses se nos han quejado de que no les den armas ni cartuchos y de que encadenen su valor. En todas partes se nos ha recibido con manifestaciones de entusiasmo; veteranos y bisoños nos rodeaban gritando: ¡viva la libertad!, ¡viva Napoleón II!, ¡fuera Borbones! Difícil sería describir lo que hemos presenciado en Belleville; allí estaban todos los veteranos; al principio nos miraron pasar con inquietud, sin despegar los labios. Hace algunos días que entre el ejército circulan rumores calumniosos sobre nosotros. La alarma y la desconfianza sembradas en todas partes por nuestros enemigos interiores, la aparente incertidumbre de nuestras deliberaciones, hacen temer al ejército que las palabras de *salvación nacional* y de *patria* sean en nuestra boca frases que oculten un lazo. Pero cuando aseguramos á las tropas que estabais resueltos á morir por la causa de nuestros derechos, una explosión de júbilo, garantía segura de las victorias, estalló en todas partes; los gritos de ¡viva la independencia nacional!, ¡viva la libertad!, ¡viva Napoleón II!, repetidos por los soldados y por los oficiales, contentos de ver otra vez en sus filas la escarapela tricolor, debieron repercutir hasta en el campo enemigo. Si el entusiasmo del ejército llegó al colmo, el de la población entera de los arrabales no fué menos ruidosa; cuando se ha presenciado lo que vimos ayer, se puede responder de la seguridad de París.»

El informe del coronel Bory de Saint-Vincent contenía lógicas predicciones y prudentes avisos de que la Cámara no hizo caso, atenta únicamente al dictamen de la comisión de constitución.

En su discurso, el más claro y patriótico de cuantos oyó la Cámara de representantes, Bory de Saint-Vincent denunció la «mano parricida» de Fouché que pesaba sobre las negociaciones y reprobó las mentiras propagadas por los miembros del gobierno y aun por muchos generales sobre la nulidad de las fuerzas francesas y sobre la imposibilidad de resistir al enemigo. El coronel refirió además á la Cámara, que hallándose en casa del príncipe de Eckmühl en el momento en que llegaba la noticia de una suspensión de armas entre el general Suchet y los generales austriacos que le hacían frente, Davoust se apresuró á anunciar aquel armisticio á Blücher y á Wéllington, en carta escrita á la vista de los representantes y de los jefes del ejército que se hallaban presentes en el cuartel general. El ministro de la Guerra pedía en dicha carta al general prusiano y al general inglés que cesaran inmediatamente las hostilidades, para ocuparse de un armisticio ínterin llegaba la decisión del congreso.

Wéllington contestó verbalmente á Davoust por conducto de los cinco comisarios franceses que habían ido á negociar con él. Blücher envió al príncipe de Eckmühl una carta cada una de cuyas palabras era una insolencia ó un insulto, y que en suma venía á declarar que no era posible concluir un armisticio satisfactorio sino dentro de París. Davoust devoró la humillación, ó es de creer que no la sintió, pues enseñando la carta á varios generales que le visitaron aquel día, no veía en ella, á su decir, más que un nuevo motivo de sumisión inmediata.

Después de haber recibido de la comisión de gobierno, en la mañana del 2 de julio, la autorización de ofrecer á los aliados la rendición de París, el ministro de la

guerra, en vez de escribir á Blücher, le envió el general Revest con la misión verbal de pedir á los generales prusianos algunas horas de armisticio para tratar de la capitulación. Revest, detenido en los puestos avanzados de los prusianos, fué conducido ante el general Ziethen, quien, después de enterarse de su misión, se negó á dejarle pasar más adelante, enviándole á Davoust con una carta en que decía que no estaba autorizado para aceptar un armisticio, ni se atrevía siquiera á notificar aquella petición al príncipe Blücher; pero que, no obstante, si los comisionados del gobierno declaraban á su ayudante que querían entregar la ciudad y que el ejército quería rendirse también, aceptaría una suspensión de armas, dando conocimiento de ello á Su Alteza el príncipe Blücher, para tratar de los demás artículos.

Si tales documentos faltasen á la historia, las generaciones futuras no creerían que los jefes de un ejército compuesto apenas de 50.000 hombres se hubiesen atrevido á poner á la rendición de París y de sus 700.000 habitantes la condición insolente de que los 100.000 valerosos soldados encargados de su defensa consintieran, no en retirarse, sino en deponer las armas.

En vez de indignarse contra la insolencia prusiana, el duque de Otranto y el príncipe de Eckmühl, consternados ante la carta de Ziethen, enviaron inmediatamente el general Tromelin á suplicar á Blücher que moderase sus exigencias, mientras que el coronel Marcirone, agente habitual de Fouché, iba por encargo de éste á rogar á Wéllington que interviniese en las negociaciones á fin de concluir el armisticio. Pero, sucesivamente detenido, durante un día y dos noches, por la guardia francesa y por los puestos avanzados ingleses, Marcirone no pudo llegar á Gonessa, cuartel general de Wéllington, hasta el día 4 de julio, cuando la negociación que iba á solicitar había ya terminado.

El general inglés no creyó al principio en la realidad de la abdicación. Juzgando la situación de Francia y de sus intereses según las reglas del buen sentido más elemental, no podía comprender que al día siguiente de una derrota y en presencia de una invasión, las Cámaras hubiesen querido positivamente, no ya derribar á Napoleón del trono, sino permitirle siquiera que permaneciese más de veinticuatro horas con la espada envainada. Para Wéllington la abdicación no era más que un lazo tendido por el emperador y sus partidarios. Y aún admitiendo que fuese cierta, la caída de Napoleón no implicaba la de Francia, pues á ésta le quedaban sus inmensos recursos, sus cuatrocientos batallones de guardias nacionales movilizadas, que constituían un efectivo de 250.000 hombres; sus cuatro cuerpos de ejército de observación del Jura, del Var, de los Pirineos y del Mediodía, sumando en junto 100.000 hombres; el valiente ejército recién llegado de Bélgica, que, apoyado en París, podía dirigir á cada instante contra Blücher y aun contra Wéllington un ataque desesperado. Por esto el general inglés no avanzaba sino paso á paso, y teniendo constantemente reunidos todos sus regimientos. Los movimientos arriesgados de Blücher le inquietaban, y cuando se enteró de la respuesta dada por el general prusiano á la primera proposición de Davoust, temió que los insultos y exigencias de su aliado alejasen el momento de la sumisión, imprimiendo á la resistencia una energía inesperada. A fin de conjurar el peligro,